

JOSÉ MARÍA FERNANDEZ NIETO

# LA TREBEDE



34

En 1961 fue premiado este libro de poemas por la Casa Cervantes, de Valladolid, con 5.000 pesetas y la edición del libro a cargo de la editora SEVER-CUESTA. Dicho Premio subvencionado por el Banco Castellano fue hecho efectivo al autor, pero no ocurrió lo mismo con el compromiso de los editores. Por los meses en que fue concedido el Premio, falleció el propietario de dicha Imprenta vallisoletana y sus hijos y sucesores no se sintieron ligados a dicho compromiso.

Era obligado aclarar las causas, sin más comentarios, de su publicación en la Colección ROCAMADOR que dirige el propio autor de LA TREBEDE y no en la citada editorial, como rezaban las bases de la convocatoria del citado Premio.

El presente libro es una segunda edición, aunque aumentada con cuatro poemas más, de la que apareció en el año 1961 en la Colección «Alrededor de la Mesa» de Bilbao y hoy la ofrece su autor en la propia Colección que dirige, respondiendo a las reiteradas peticiones recibidas al agotarse la primera edición.

\* \* \*

Tanto la reproducción del bodegón como los dibujos que ilustran el libro, son debidos al pintor parentino Rafael Oliva.

T. 733620

C. 71830308



**LA TREBEDE**

NÚMERO 34 DE LA  
COLECCIÓN ROCAMADOR  
PALENCIA

AL CUIDADO DE  
JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

COPYRIGHT BY  
JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

*Depósito legal: P. 1. - 1964*  
*Núm. Registro: 7327 - 63*

*Industrias Gráficas*  
*DIARIO-DIA. — PALENCIA*

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

# LA TREBEDA



34

PALENCIA  
MCMLXIV

JOSE MARIA BARRAL (MIRÓ)

LA TRÉBIDE







# EL PUEBLO

Dígame la verdad...

Usted no ha estado apenas en el pueblo ... Sé que vino dos veces a un entierro, sé que cobra puntualmente su renta de nostalgias, que aquí nació su madre por ejemplo, pero no ha visto nunca una cigüeña suspirar en la torre de Santiago.

Que usted nunca ha ido a pájaros de niño, nunca, quizá, ha subido al campanario a contemplar las golondrinas, nunca bebió las vinajeras de don Cándido ni rompió el corazón de una bombilla, ni jugó con los galgos de don Tirso, ni levantó las faldas a la aurora.

Y sin embargo usted habla del pueblo y se atreve a decir que sus adobes fueron hechos con barro de tristeza, que su plaza mayor es un ejemplo rural de la agonía, que sus chopos son vegetales dedos donde cuentan las nubes su rosario de palomas.

Usted afirma que la muerte es algo parecido al silencio de estas calles, que aquí no hay trolebuses, espectáculos donde se aplaude a un digno equilibrista o se insulta a placer al Zaragoza, pero, señor, hay pájaros y envidias para enterrar a un ángel, hay caminos que conducen al sol directamente y hay por si fuera poco un camposanto donde los viejos muertos se saludan. Hay vida, sepa usted, y se lo digo en palomas y besos, tanta vida que no sé como cabe en un pañuelo, tanto odio, tanto amor, tanta ternura y tanta inmensidad, que es algo serio ver cómo saltan chispas en los ojos porque compró un tractor don Federico, porque Manuela se casó de blanco, porque vendió sus pámpanos Enrique porque en la vieja trébede se ha muerto sin dejar una rosa doña Encarna.

Lo crea usted o no, digo que un pueblo es tan perfectamente incomprendible como un niño que nace, acaso como un corazón sembrado de tinieblas, como un hombre que quiere suicidarse llevando entre las manos siempre vivas.

¿Para qué proseguir? Usted ha visto solamente su ruina, sus pedazos, su múltiple manera de quejarse, sus enconados labios resignados a morir de tedio si no llueve, su vieja indiferencia de palomos, su ciego escepticismo por las flores.

Yo le invito a que venga, a que les palpe su corazón de trigo y mantequilla, su espíritu de nube y de romero.

Yo le invito a venir aunque me temo  
que se pueda quemar en su ternura,  
que tienen calenturas en los ojos  
de mirar tanto al cielo, que padecen  
quemaduras de amor, que son sencillos  
y agudos como el filo de una espada.

Por eso quiero hablarle de este pueblo  
o de aquél, es lo mismo, de cualquiera,  
de un lugar donde Dios se multiplica  
para que no haya nadie que se quede  
sin su ración de amor y de esperanza,  
porque para segar tantas envidias  
no hay una hoz con filo de querube  
ni un verso que llevarse hasta los labios.

## R A M O N

Quiero contarle todo, sus vencejos,  
sus parvas en la era, su costumbre  
de cazar mariposas con el sueño  
su modo de mirar a las perdices,  
su vegetal manera de peinarse,  
su atención mineral, su compostura  
para arrancar espigas y amapolas.

Se llamaba —es lo mismo— un nombre agrario,  
por ejemplo Ramón, más bien Fernández,  
un hombre como yo, como usted mismo,  
un hombre como tantos que abundamos,  
un corazón de plástico y de aurora,  
un hombre malherido por el tedio,  
condenado a la pena de acabarse.

Tenía tantas cosas que se tienen  
sin ser nuestras, un hijo, una neuralgia,  
un calendario de dolor, un vaso  
para beber el tiempo a su manera  
y pocas cosas más... Ah sí, un deseo:  
llegar a conocer cada septiembre  
para llenar de trigo sus paneras.

Que si un granizo había, que si un carro  
atascósele un día en la cuneta  
domingos hubo en que gritó su enfado  
amenazando con romper el aire.  
Ramón de vez en cuando sostenía  
un guijarro en la mano, una sonrisa  
difícil en los labios, y en el pecho  
un corazón de níquel y romero.

Y era bueno, Ramón, era tardío  
Ramón como la rosa que en diciembre  
anuncia su agonía, y era bueno,  
digo bueno, Ramón, todo lo bueno  
que puede ser un hombre por ejemplo.  
Y era noble, Ramón, todo lo noble  
que puede ser un perro castigado.

Ramón se levantaba, se tomaba  
Ramón su desayuno de pan triste  
y su vaso de vino melancólico.  
Se iba Ramón al campo a ver sus trigos,  
Ramón a ver sus nubes, si llovía,  
Ramón a ver si el viento, si los pajaros,  
si el rebaño, Ramón, hasta el almuerzo.

Se llamaba Ramón, y por ejemplo  
no sabía cantar a las alondras,  
ni jugar a poner bien las palabras  
ni pensar en la muerte seriamente.  
Su límite formal era el Casino,  
su desazón vital el rey de bastos,  
su brújula de amor hacer del hijo  
seguramente un tonto irremediable.

Y se quejaba siempre, ah, y se quejaba  
lo mismo que se queja la madera  
al dejar de ser verde... Y era bueno  
Ramón, esto es lo trágico, era bueno.  
Y noble era Ramón, tan noble como  
lo pueda ser el pan, a buen seguro.

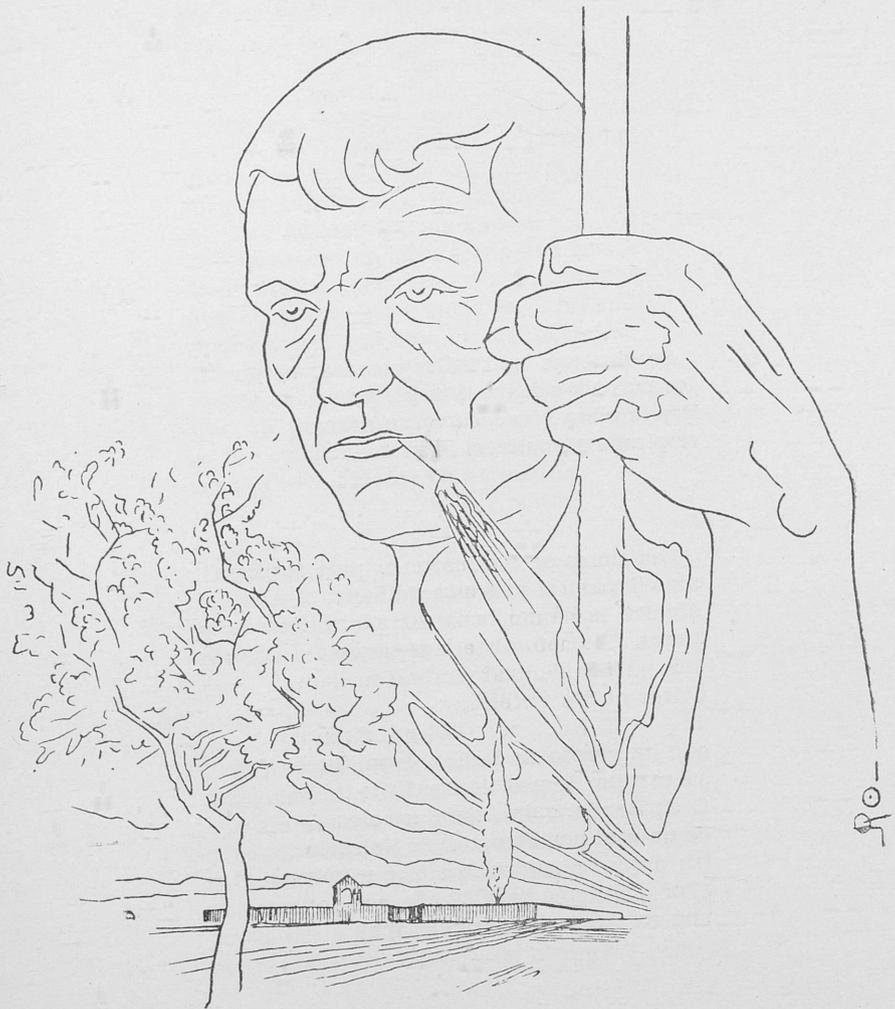
Y era tardío para echar la siembra  
para pensar que todo aquello era  
muy poca cosa para ser del todo.

¿Qué le parece a usted? ¿Hacemos punto?  
¿Damos aún más penas y señales?  
¿Decimos por ejemplo el accidente  
mortal de su mujer, el luto breve  
que guardó por la muerte de sus pájaros,  
el día en que se puso de rodillas  
para rogar a Dios por una yegua  
o aquel otro en que el galgo se moría  
y le brotaron lágrimas azules...?

¿Hablamos de su amor incomprensible  
por una moza muerta, o por ejemplo  
de aquella ilustre rosa que cortara  
o de aquella ebriedad adolescente  
que apasionó sus años ya en desuso?

Sí, yo le conocí, sin duda alguna  
acaso como usted, si usted ha estado  
en su pueblo natal un mes de junio  
cuando el verano ya se formaliza,  
cuando Ramón —y el caso es que era bueno—  
regresa a merendar pan con tristeza,  
cuando la tarde entorna su carruaje,  
cuando Ramón descifra su conciencia  
y entiende, a duras penas, el periódico  
y se tiende a dormir junto a la cama  
del hijo, como un can, sin darse cuenta  
de que ha muerto otro día inútilmente.

¿Y Dios? Allá en la iglesia. El cura sabe  
Ramón tiene bastante en qué ocuparse.



# EL FORASTERO

Se abrieron los visillos como se abren  
los párpados de un lirio perezoso.  
Por la plaza cruzó, como un aroma  
respirado al morir, el forastero.

Las flores se alarmaron... ¡qué sorpresa!  
Algo le pasa al aire esta mañana.  
Alguien le ha golpeado extrañamente.  
Juana, Elisa, Mariana, tres candelas,  
tres pábilos de amor turban su llama  
detrás de los visillos...

Dicen, dicen  
que ha venido de Lérida, lo canta  
su cartera de piel de cocodrilo...  
O de Ronda, quizá, tiene los ojos  
de un azul novillero... O de Valencia...  
(su nariz de "ninot", su olor a pólvora...)  
¿Por qué no de Sevilla? ¿Es que no lleva  
una rosa amarilla en la solapa?

Juana, Elisa, Mariana se persignan  
para ahuyentar fantasmas amorosos

en su sueño minúsculo y no saben  
quién es el forastero, si es un príncipe  
o un inspector de alcoholes aburrido  
que va a encargar rosquillas de esperanzas  
para el bautizo próximo de un árbol.

Hay que tener en cuenta que en el pueblo  
no hay partidos de fútbol, ni presentan  
credenciales ministros colombianos  
ni pasa la serpiente del ciclismo,  
ni rifan automóviles los ángeles.  
Hay que tener en cuenta que una mosca  
tiene mucha importancia si hay silencio,  
que un blanco hace furor en Togolandia  
y una mujer incendia un campamento.  
Hay que tener en cuenta que una moza  
quiere beber el agua si está escasa,  
que un pez siempre es noticia en un teatro  
y una canción no siempre es admitida  
como cosa corriente en aritmética.

Hay que tener en cuenta que los mozos  
eran siempre los mismos y miraban  
con los únicos ojos que podían.

El forastero dijo: "Buenos días".  
Y alguien dijo que sí, que buenos eran,  
que eran buenos, que sí, para marcharse  
silbando una canción a toda prisa.  
El forastero preguntó por alguien,  
por una rosa muerta que allí había,  
por la oreja de un galgo malherido.  
por el amor de un álamo en octubre.

El forastero abriendo su silencio

dijo que se llamaba Juan Alegre  
y que vendía nubes, amapolas,  
palabras por decir, verdes tristezas  
y otras cosas por siempre incomprendidas.

Juana, Elisa, Mariana, se plegaron  
como se pliegan en la flor los pétalos  
De nuevo se cerraron los visillos  
y el aire bostezó de aburrimiento...

# EL MAESTRO

Dígame usted, si no, cómo es posible  
que cante un ruiseñor o que una rosa  
perfume una mañana de septiembre,  
o que celebre el río, cada miércoles  
su vegetal noviazgo con los árboles.

Pues bien, no digo más, digo que tiemblo  
al contemplar a un niño que no sabe  
la sonrisa del sol, que se ha dormido  
y no sabe soñar con los pardales,  
al niño que distingue fácilmente  
la ese de la o, y el pan del vino,  
y el agua del aceite, y que no sabe  
donde está el corazón de las libélulas.

Yo le he oído a este niño decir: Banco,  
pizarra, Jesusito, tres por ocho.  
vacaciones, peonza y otras cosas  
que son, a toda luz, insuficientes...

Pero el maestro tiene sus problemas  
y no le alcanza el sueldo para hablarle  
por ejemplo de amor o de esperanza.  
El mira su reloj, consulta el cielo  
mide el rayo del sol sobre el pupitre,  
porque ya son las doce y la pizarra

bosteza decimales y quebrados,  
y una mosca se posa en Alicante,  
porque están impacientes los garbanzos  
y huele por el pueblo a mediodía.

La gente dice siempre que los niños  
aprenden pocas cosas en la escuela,  
que el maestro es así, que no es posible  
enseñar con el alma en el bolsillo  
y el corazón oliendo a guardapolvos.

Pero el maestro es joven. necesita  
un pedazo de vida, una merienda  
diaria de ilusiones y no puede;  
sólo le llega el sueldo para el gasto  
del aire por las tardes, solamente  
le dá para gastárselo en nostalgias  
y acordarse de Dios cuando se duerme.

Hay que tener en cuenta que el maestro  
tiene una novia en Cádiz o en Orense  
y si él está en el pueblo todavía  
es porque el tiempo pasa sin decírselo.  
Por lo demás el hombre hubiera sido  
cazador de sorpresas, argonauta  
o acaso misionero en Antioquía.  
Porque él nunca nació para maestro  
y aún cuando se descuidan los chiquillos  
emprende largas fugas por el mapa  
y el dedo se le enreda en las Azores  
y zambulle su sueño en el Pacífico.

A veces el alcalde se impacienta  
y es de ver cómo rompe los oficios  
cuando nace una rosa en su tintero  
cuando le habla el maestro de que un nido  
no puede cobijar tantos arcángeles.

Porque si bien se mira es más urgente  
poner a punto el trillo, ir preparando  
la aritmética vil del presupuesto.

Porque si bien se mira no se puede

cantar mientras el trigo no se cobre,  
ni regar los geranios mientras haya  
que pagar el trimestre de la acequia,  
no se puede, y que no, dice el alcalde  
reconstruir el sueño de unos ángeles  
mientras no se resuelva la vendimia.

Y el maestro se muerde su tristeza  
mientras —la ese con la o— los niños  
multiplican su tedio por el siete  
y sueñan con que sean ya las cinco  
para jugar al hombre, que es lo bueno.

Les digo a ustedes que la cosa es seria,  
que no es para reír ni mucho menos,  
que el maestro ya tiene los cincuenta  
cumplidos en gramática y en números,  
y en tiza y en decir “Reyes Católicos”  
y en pensar “este invierno será el último”.

Y nunca consiguió salir del pueblo  
ni viajar por el mapa, ni casarse  
con su novia de Cádiz o de Orense.  
Sigue aquí, en su parcela, en su encerado  
llorando decimales, sollozando  
sílabas tercamente repetidas,  
pensando con tristeza en su sobrino  
que estudia Magisterio en Zaragoza,  
recordando un balcón, un beso anónimo,  
un clavel reventado por la urgencia.

El, que era un soñador, que hubiera sido  
comandante de lirios en Caracas,  
que vino con el alma en el estribo,  
que prometió ser ángel o ministro  
ahora, en esta tarde de noviembre,  
junto al viejo pupitre que estrenara  
siente cómo sus manos se le mueren  
de tanto acariciar las mariposas...

# EL PAN

Dejémonos de rosas y de auroras,  
olvidemos campánulas y estrellas,  
vamos a ver qué pasa con el trigo,  
por qué se queja el pámpano en septiembre,  
vamos a ver por qué lloran las uvas  
por qué Ramón insulta a las caléndulas.

Dejémonos de lirios y amapolas,  
vengamos hasta el pan, hasta la trébede,  
hasta la rinconera donde enferma  
de polvo un diccionario, donde muere  
Cervantes traicionado por los números.

Vamos a ver qué pasa, cómo sueñan  
las moscas con la sangre de don Diego,  
cómo transcurre el tiempo en las cazuelas,  
cómo cantan su amor los delantales.

Dejémonos de chopos y eucaliptos  
que de pan se está hablando por las casas,  
que de pan vive el hombre, que a pan huele,  
que con pan sueña el niño en el colegio.

Que del pan nace el odio, que pan tierno  
toma don Luis, no dándole importancia  
y no sabe que pan es lo que quiere,  
que pan con chocolate toma el cura  
y pan el sacristán y pan los pájaros.

Que Juana y pan, Elisa y pan, Mariana  
y pan y pan Mercedes, pan con besos,  
pan, eso sí, con sueños y sonrisas,  
pan con murmuraciones, pan con trébede  
pan para merendar acaso estrellas,  
para endulzar la duda, pan con penas  
pan con amor, Mariana, Elisa, Juana  
pan ¿para qué? ¡Quizá para morirse!

Por eso están tan tristes las botellas,  
por eso, acaso llora la esperanza,  
por eso un verso es menos que una lágrima,  
por eso un corazón resulta insípido,  
porque escasea el pan, porque en la trébede  
no se habla más que de esto, del pan triste,  
del triste pan que el hombre necesita,  
de que Juan tiene pan, más pan que nadie  
y hay quien no tiene pan para comerlo.

Y así está el pueblo, con el pan a vueltas  
buscando el pan, no el pan de cada día,  
no el pan de cada quien, pan para el sueño  
pan para mil o pan para ser alguien.

Por eso están cerradas tantas puertas  
y no pueden crecer los tamarindos...

## EL C U R A

Habló a pámpano abierto, a la luz caliente,  
a espiga santa, a páramo tendido  
y solamente niños le entendieron.

Habló para los pájaros cansados,  
para la despedida de los trigos,  
para los ríos muertos, para el llanto  
azul de las palomas, para el beso  
quebrado por la espada del recuerdo.

Y solamente niños le entendieron.

Estuvo magistral, habló de todo  
lo que puede decirse con un beso,  
de bienaventuranzas, de caminos,  
de corazones álgidos, de un día  
en que habló con un árbol, de una tarde  
que vió morir de amor a una cigarra.  
Estuvo magistral, estuvo nube,  
estuvo ruiñeñor, yo os lo prometo,  
yo que le ví aumentarse en lo más íntimo,  
yo que ví su sotana agonizante  
temblar de soledad, yo que he sabido  
que solamente niños le entendieron.

Bien pudo habernos dicho la tristeza

de una puerta cerrada, él que sabía  
que si lo dice Dios, tres y uno cinco,  
pudo habernos hablado de torpezas,  
de faldas levantadas, de hijos póstumos,  
de verdes primaveras de escayola,  
él, que supo por qué viajaba Ernesto,  
por qué nació Pascual un Jueves Santo  
por qué cuatro lunares tuvo el niño,  
bien pudo habernos dicho de qué modo  
compró don Serafín tanto silencio,  
él que supo morderse las palabras  
y callarse que Juan era inocente...

Y solamente habló de claridades,  
de olor de paraísos, de gozosas  
exaltaciones nuevas, de claveles  
amarillos, de pájaros azules.  
Fue la suya una plática de estrellas,  
de futuras cosechas de universos  
—y qué sé yo— de todo lo que un niño  
—qué sé yo cómo— entiende con un dedo.

Volvió el cura, sentóse y en la trébede  
enfermó su breviario de tristeza,  
mientras en el balcón de su esperanza  
se deshojó el geranio de los salmos.  
Desayunó su jícara de sueños,  
besó su crucifijo y se durmieron  
sus manos como en siesta de palomas.

Que él quiso hablar de amor a borbotones,  
humedecer los párpados de lágrimas,  
sembrar versos de Cristo en la tiniebla,  
darse a plena canción, a vida plena.

Y solamente niños le entendieron...



## CALLE DE SANDOVAL

Calle de Sandoval...

A mi me suena  
a musical coloquio de palomas,  
a bienandanza azul, a sortilegio  
de lúpulos azules, a corceles  
voladores de mar, a tiempo herido.

¿Quién era Sandoval?

Se lo pregunto  
a los guijarros muertos de la calle,  
al ébano del plinto, a la amarilla  
piedra de los escudos que agonizan.  
Nadie de Sandoval sabe decirme  
sus pelos y señales, por ejemplo  
si se casó en diciembre, si una rosa  
se deshojó en abril en su presencia  
o si fue su casaca azul o malva...

Sé que por esta calle María Luisa  
taconeó a menudo su nostalgia,  
que encienden farolillos en las fiestas  
para que se diviertan sus balcones,

que Regino la cruza siete veces  
para sembrar el aire de geranios,  
que don Ramón por ella veranea  
pensando en la futura trilladora,  
que el párroco la cruza pensativo  
soñando en el sermón de los domingos,  
que Luis, que ya es abuelo, todavía  
piensa en ella su boda equivocada,  
Calle de Sandoval por donde pasa  
el maestro poblándola de números  
cuando vuelve soñando en su merienda.

Calle de Sandoval... ¿Qué más? ¿Hay alguien  
que pueda descifrarme alguna piedra,  
algún ladrillo puesto por un conde  
o esta contraventana tan cerrada  
que habitada parece por un muerto?

Calle de Sandoval... siesta del pueblo,  
corazón donde anidan los pardales,  
cauce del agua pura, cotidiana  
por donde pasan todos, como el agua  
que pasa una vez sola y pasa siempre...

# EL BAUTIZO

Ha nacido Manuel en el preciso  
instante en que una rosa se moría  
y las campanas, viejas solteronas,  
no saben si llorar o si reirse.

Ha nacido Manuel igual que nace  
una pregunta, un verso inadvertido  
o un problema bonito con tres cifras.  
Algo así como un trozo de alegría,  
o una interrogación oliendo a llanto.

Don Luis está pensando que ya es junio,  
que al niño le bautizan en Santiago  
y que va a ser verdad que está viviendo  
a pesar de que nadie se lo ha dicho.

Ha nacido Manuel y... ¡qué hermosura  
que haya alguien que no piense todavía  
en las contribuciones, que alguien haya  
que no sepa que el mundo ha fracasado,

que ignore la agonía de las flores  
que no sepa por qué mañana es miércoles  
o por qué son tan tontas las hormigas...!

Y... ¿qué será Manuel? ¿Médico, acaso?  
¿Entibador de estrellas, cosechero  
de amor o comandante de esperanzas?  
¿Cómo será Manuel! ¿Rubio ceniza?  
¿Azul claro aleluya? Nadie sabe  
lo que dará de sí su calendario,  
pero su madre afortunadamente  
piensa que el mundo cabe en sus pupilas.

Don Cándido, con calma, se reviste,  
desabrocha su pálida ternura  
y en el nombre del Padre y del Hijo  
y del Espíritu Santo le bautiza.

Y después, ya se sabe, los confites,  
para desenterrar la calderilla,  
los niños rebozándose en la tierra  
la mesa puesta, la alegría a jarros  
y ya, al anochecer, el rey de copas  
sucio de tantas manos en la trébede.

Alguna madre piensa en las bronquitis,  
en el verbo dormir sobresaltada  
o en el primer suspenso del Colegio.

Pero por el momento aquí tenemos  
a un niño que ha nacido...

Y ¡ya es bastante  
para saber que Dios no se descuida!

# M A R I A L U I S A

Así como hay un tonto en cada pueblo  
que pellizca a las niñas soñadoras,  
así como en las bodas siempre hay alguien  
que versifica el fin del matrimonio,  
así como el zahorí no falta nunca  
que adivina las cosas que no pasan,  
así Luisa también, mujer había  
de profesión soltera, María Luisa,  
rezadora de nombre y apellido.

Ella bordaba rosas de nostalgias  
detrás de sus visillos melancólicos,  
planchaba con ternura los pañuelos  
donde el carmín entristeció de llantos  
y miraba a la plaza como si alguien  
viniera de Madrid para cruzarla.

Porque ella tuvo novio y ella sabe  
que hoy, catorce de junio, ya es abuelo,  
que al niño le bautizan en Santiago  
y que ella pudo ser —cualquiera sabe—  
la que llevara el niño hasta la pila,  
la que estuviera en casa preparando  
pastas de buen amor, blancas rosquillas

bañadas con azúcar de esperanzas.  
Sin embargo esta tarde es para ella  
una de tantas tardes donde junio  
tiende, ya indiferente, su mirada...

Ella dirá, temblando en sus enaguas  
"Buenas tardes don Luis. ¡Enhorabuena!"  
y tenderá sus manos, esas manos  
que son palomas muertas y que un día  
poblaron los trigales con su gracia.

Pero ella vuelve en sí, vuelve a su mundo  
donde San Roque alegra la capilla  
y habla con doña Celsa de medallas,  
del capital que deja don Bautista,  
del último sermón, de la novena  
de la Virgen Santísima del Carmen.

Y reza a Santa Marta mientras piensa  
en el polvo ojival de las ventanas,  
en la colecta próxima del jueves,  
en lo que ha de poner de primer plato,  
en su cómoda verde, en el vestido  
que ha estrenado su prima María Antonia,  
en Luis, que ya es abuelo, en la merienda  
del domingo, y en Luis, que ya es abuelo  
y en la Misa Mayor, y en lo difícil  
que es levantarse pronto los domingos,  
y en Luis, que ya es abuelo... ¿que es abuelo?  
¡qué horror! pero ¿es posible? ¡cómo pasa  
el tiempo, si pudiera...! Luis... ¡abuelo!

Pero ya pasó todo, tarde, junio,  
y María Luisa sigue anestesiando  
su corazón del tiempo y de la pena.  
Hay que limpiar el polvo a la esperanza,  
levantar la persiana del futuro  
y contemplar de nuevo las estrellas.

¿Qué más decir de Luisa? Que se pinta  
de carmín los domingos, que pasea  
con sus viejas amigas sus recuerdos,  
que habla de su sobrino de Almería  
que ha obtenido notable en primavera,  
de las de Palomar que están soñando  
con encontrar un pino a su medida,  
de un estampado verde, de un ovillo  
color violeta pálido, de un verso  
que aprendió siendo niña y no recuerda,  
de todas estas cosas tan triviales  
que tienen su importancia, aunque no tanto  
como tener un hijo, por ejemplo  
o haber llovido ayer por la mañana.

Y esta es la cosa. Luisa vive y sueña  
como cada vecino, Luisa siembra  
su pequeña ilusión, riega sus tiestos  
en donde los geranios se amotinan  
para dar sensación de primavera.  
Luisa sube a la trébede, conecta  
el mundo en los seriales, se reinventa  
en los párrafos húmedos de lágrimas,  
prepara la cazuela de los fréjoles  
y baja las persianas, que ya es tarde  
para que el sol dialogue con las flores  
y regresan los mozos de las eras...

Y prepara su cama...

Y es entonces  
cuando su corazón revolotea  
como una mariposa malherida,  
como un pájaro herido por la pena  
y piensa en Luis, en Luis que ya es abuelo  
y en que la vida pasa como el agua  
y no puede beberla...

# LA FIEBRE

Que vamos a dejarlo, que ya es tarde  
para decir que Juan es inocente,  
para hablar de una jaula que agoniza,  
de unas tijeras muertas, de un canario  
que se murió en agosto porque nadie  
escuchaba su cántico en la trébede.

Usted no se figura cómo duele  
hablar de un corazón sin melodías,  
de un violín que se muere de silencio,  
de un beso en un desván, de un vaso enfermo  
o de una rosa gravemente sola.

Porque decir que Félix no sabía  
contemplar un crepúsculo elocuente,  
que Diego nunca supo la hermosura  
de una tarde de octubre, o por ejemplo  
que don Manuel no entiende todavía  
el corazón azul de las muchachas...  
Decir, en fin, que el pueblo ya no sueña  
con la revolución de los jazmines,  
que ya no piensa más que en las barajas,

en el dios de la lluvia, en las faenas  
del próximo verano, en si don Carlos  
sembró rojo Aragón o híbrido acaso,  
o en decir que la culpa es del Ministro...

Porque decir todo esto, usted lo sabe  
es decir que Castilla se nos muere,  
que chochea de amor, que tiene fiebre  
de pájaros y estrellas, que algún día  
perderá, en los rastrojos, la memoria  
y no recordará si fue en septiembre  
cuando empezó a sentirse desahuciada  
por el dedo de Europa...

Que ya es tarde  
para hablar de Ramón, de si era bueno  
o de si era tardío, o bien de Luisa,  
de Luis, que ya es abuelo, del alcalde  
inaugurando escuelas en el sueño;  
que vamos a dejarlo, que ya es tarde  
para decir que el cura se reviste  
para el sermón ritual de los domingos,  
que es tarde para hablar inútilmente,  
mientras el mundo poda las estrellas  
y se mueren de amor las amapolas...



# EL ENTIERRO

Don Serafín ha muerto...

Estaba escrito  
no sé por quién, quizá por una alondra...

Le sorprendió la muerte, según dicen  
cuando contaba el último billete  
y anotaba en su libro de balances  
no sabemos si mil cuarenta y ocho  
o el verbo anochecer en subjuntivo.

El entierro fue fácil: un responso.  
un paseo muy lento, unas palabras  
de pésame y rutina y vuelta al mundo  
a volver a empezar...

Unicamente  
se produjo un trastorno en la tertulia:  
No se jugó el tresillo de las cuatro  
porque tocaban, tristes, las campanas  
y no estaba de humor el as de copas.

Para ponerse a tono con la tarde  
el sol se echó su siesta entre las nubes  
y una ventana más cerró sus párpados.

Nadie habló de su pipa de madera.  
de su reloj enfermo en un armario.  
de su camisa azul recién planchada  
ni de sus pensamientos ya en desuso.

El pueblo se portó cristianamente.  
No se aludió a su forma de hacer cuentas.  
a su tanto por ciento exagerado.  
a su cariño oscuro por los dólares.  
a su olor a basílica y a préstamos.

Se comentó, eso sí, que tuvo un hijo  
aprovechando un hueco en el balance  
y que se le murió por pura urgencia  
de no aumentar los gastos de estar vivo.

Le enterramos ayer.  
La tarde, herida  
por el triste puñal de los latines  
se quejaba de ser luto y camino.

No sé que tiene el campo cuando muere  
una azucena sin dejar aroma,  
cuando se seca un árbol sin dar fruto  
o agoniza una pájara en un álamo  
antes de dar a luz un nuevo beso.

Un entierro en Castilla es algo serio  
sobre todo si el muerto no ha dejado  
un lapicero a un fraile, un beso a un hijo,  
unas monedas muertas a un pariente.

No sé por qué Castilla es más Castilla  
cuando se entierra a un hombre por la tarde,  
cuando se apaga un grito totalmente,  
cuando ante la total indiferencia  
se borra un corazón, se muere un número.

Don Serafín se ha muerto...

Nadie diga  
que aquí se acabó todo, nadie sabe  
lo que puede vivirse en un minuto  
y lo que puede perdonarse, nadie  
podrá decir que un muerto es una piedra.

¡Quién sabe si, olvidado sobre un libro  
dejó un recuerdo en alguien, un pañuelo  
para enjugar un llanto, o por ejemplo  
una lágrima apenas conocida...!

Lo más triste es que todos asistimos  
a su entierro y que nadie le ha llorado...

# LA FIESTA

Un día como tantos se levanta  
el sol y desayuna entre las flores  
y el aire se endominga como un niño  
que va a estrenar un nuevo pensamiento.

Un día el pueblo —un día como tantos—  
va repartiendo almendras y canciones  
y madruga su amor alegremente  
para dar sensación de que está vivo.

Ramón guarda su pana de nostalgias  
y plancha su recuerdo melancólico  
y don Cándido ensaya un padrenuestro  
de plata como ordena la liturgia  
porque es San Roque y cantará la misa  
no sabe si ayudado por los pájaros.

Regino llenará las vinajeras  
con más unción que de costumbre, dando  
a sus manos empaque de azucenas,  
urgencia de milagro anticipado.

Don Luis encenderá su cigarrillo  
pensando que aún es moza su apostura  
y el maestro, en el atrio de la iglesia,  
guardará su tristeza en un bolsillo.

Y don José Manuel, el arquitecto,  
que habrá venido, acaso, de Logroño  
para que admire el pueblo su automóvil,  
hablará sabiamente de política  
y dosificará sus adjetivos  
para dar sensación de hombre enterado.

Juana, Elisa, Mariana, las tres juntas  
persignarán su frente desgastada  
de tantos padrenuestros impensados.

Y María Luisa, derrotando flores,  
venciendo primaveras todavía  
—belleza jubilada por la pena—  
irá a Misa Mayor igual que entonces,  
pero ya no habrá aplausos en los oídos  
ni se equivocarán las siemprevivas.

En el Ayuntamiento habrá guirnaldas,  
redactará el alcalde una sonrisa  
y pondrá su mujer nuevos cordones  
a su bastón de mando ya impaciente  
por presidir los cultos solemnísimos.

Y por la tarde procesión...

Los niños  
mientras ensayan himnos patronales  
pensarán cómo hacer para ir a pájaros  
o apedrear la tarde que les dejen.

Y las muchachas, impacientes tórtolas,  
derramarán su aceite de caricias  
y soñarán bailar con el más guapo  
cuando San Roque vuelva las espaldas  
y la dulzaina encienda las estrellas.

Fiesta Mayor...

Castilla cabe apenas  
en un pañuelo azul, en una mano.  
Castilla es como un pájaro cansado  
que gorgoja su tímida alegría  
saboreando almendras o quemando  
deseos y cohetes en el aire  
como teniendo miedo de reirse.

Pero por un momento su tristeza,  
su dolor de vivir se habrá olvidado  
y nacerá en la trébede una rosa.

# L U I S

Estoy pensando en Luis, que ya es abuelo,  
en Luis que peina besos, que jubila  
cada día una rosa con su olvido,  
que se queja de ser y algunas veces  
no sabe si es mejor arrodillarse  
o estrangular la luz entre sus manos.

Estoy pensando en Luis, en Luis que piensa,  
en Luis que calla, en Luis que duda, en Luis  
que acaba de llorar de una manera  
que hace pensar en Dios muy seriamente.

Estoy pensando en Luis, como se piensa  
en un árbol de octubre o en un vaso  
en el que se ha bebido tantas veces.

Porque Luis no hace tanto que fue mozo,  
un mozo mineral, un mozo alegre  
capaz de derribar una campana  
o de alzar, con sus músculos, un pino,

capaz de hacerse médico en Sevilla,  
de licenciarse en pájaros en Soria  
o acuchillar un lobo en Perazancas.

Por eso María Luisa bien le quiso  
porque tenía pulso de querube  
y corazón de antílope gigante,  
porque lo mismo acariciaba malvas  
que domaba un caballo desbocado.

Por eso hablo de Luis, que ya es abuelo,  
que piensa en María Luisa con tristeza,  
con nostalgia, tal vez, de hombre acabado.  
Y aquí está Luis, abueleando penas  
hoy, catorce de junio, hoy que en la plaza  
María Luisa le ha dicho "buenas tardes"  
y le ha felicitado con tristeza.

Estoy pensando en Luis, que no ha ejercido  
su profesión de lirio enamorado,  
que se casó en agosto con Amelia  
y cien hectáreas más de incomprensiones...

Por eso pienso en Luis, que ya es abuelo  
que acaba de llorar de una manera  
que hace pensar en Dios muy seriamente.

# R E G I N O

Decían que tocaba las campanas  
como se toca un corazón, dudando  
de su existencia misma, de su tacto,  
como se toca el vientre de una madre  
que anuncia un nuevo mundo irremediable.

Yo conocí a Regino suspirando  
por una margarita malherida,  
cantando alegremente un padrenuestro  
o derramando un vaso de buen vino.

Yo conocí a Regino antes de abrirle  
el corazón con versos, cuando estaba  
recosiendo la flor de una casulla  
o acariciando cisnes en su trébede.

Regino suspiraba, se reía  
como un gato dichoso cuando maya  
por un plato de amor o de caricias.  
Yo le encontré llorando, por ejemplo  
el día en que perdió tan tontamente  
su olfato por las rosas; sollozaba  
como una fuente pura y silenciosa.

No era normal Regino, no era un hombre  
de los que entran catorce en la docena.

Por eso le quería, porque hablaba  
dejándonos a trozos su existencia,  
porque era como un lírico anticipo  
que se nos daba en rosas y esperanzas.

Hay que observar que el cura no entendía  
su calentura de gacela agónica,  
su ternura de ciervo acariciado,  
su forma de plegarse ante los niños,  
su campestre manera de aumentarse  
por dentro, en hinchazón irremediable.

Decían en el pueblo que las rosas  
no tenía lenguaje para un tonto,  
que si tenía el corazón de plástico,  
que si sus manos eran de crepúsculo...

Y yo creo que sí, que el buen Regino  
era un tonto de amor, un tonto excelso,  
un magnífico tonto, un tonto arcángel  
en un mundo de cifras y ecuaciones  
en donde siete y siete son catorce  
porque lo dijo Blas punto redondo.  
En un pueblo con alma de pizarra  
donde Dios era un número infinito,  
donde el trigo contábase en envidias,  
donde el amor pesábase en kilogramos  
y se medía en metros la esperanza,  
en un pueblo en que el alma era un decir  
y el corazón, si acaso, una sospecha.

Y Regino contaba por suspiros  
y se cobraba en pájaros o en rosas  
y cantaba los kiries y los credos  
con la unción con que cantan las palomas  
cuando la tarde duerme entre sus plumas.

Por eso la quería, porque tengo  
su paz como aparcada entre mis versos,  
porque aun me duele hablar de aquella noche  
en que Regino se murió cantando  
como un tonto de Dios y en todo el pueblo  
se oyó un olor a rosas y a campanas.

## C A M P O S A N T O

Aquí, gracias a Dios, descansa el pueblo  
y se acabó por fin lo que se daba.  
Aquí, don Serafín, que, por ejemplo,  
ordeñaba una piedra fácilmente  
duerme tan distraído que no sabe  
donde dejó guardados sus ahorros;  
aquí, don Nicolás, que presumía  
de alfiler y corbata no comprende  
cómo se va rompiendo su camisa,  
por qué se le apolillan los zapatos;  
aquí, Rodrigo, el joven estudiante  
que iba para doctor "honoris causa"  
no se explica por qué dice gusanos  
en vez de pronunciar bellos discursos;  
aquí Julián Martínez, novillero,  
de profesión su sangre, se da cuenta  
de que el tendido siete de su tumba  
malvas y no pañuelos enarbola.

Aquí, gracias a Dios, don Evaristo  
que está bastante muerto todavía  
ya puede descansar en este escaño  
de aquellas agitadas elecciones.  
Y aquí, José Manuel, el arquitecto

que alimentó de líneas su bolígrafo  
aquí vino a parar como era justo  
una tarde de junio, sin saberse  
si al morirse pensaba, por ejemplo  
en una hipotenusa o en un pájaro.

Porque las cosas son, si bien se miran  
así, tan vegetales, que no importan  
cuando se tienen sólo cuatro metros  
de tierra y una renta en crisantemos.

Por lo demás el campo era bonito,  
los cipreses su sombra derramaban  
y las piedras cumplían su promesa  
de humedad dignamente sordomuda.

Tenía el camposanto muchos pueblos  
polvo a polvo enterrados, con sus besos  
a medio terminar, con sus pasiones  
fermentando la paz de los gusanos,  
muchos pueblos enteros sucediéndose  
desde el aire hasta el polvo, desde el grito  
hasta el total silencio de la tierra  
que tiene tanta muerte acumulada  
para que abril prosiga dando flores.

Porque en el pueblo seguirán bailando  
a pesar de la tierra las muchachas  
y seguirá Ramón dando señales  
de vida a los trigales ya maduros  
y María Luisa seguirá pensando  
en Luis, que ya es abuelo  
y órdenes oportunas el alcalde  
cursará al aguacil todos los miércoles  
y el maestro, en la escuela, ante los niños

llenará la pizarra de quebrados  
para no enamorarse de las mozas  
que sigue siendo el sueldo insuficiente  
y el pan se está poniendo por las nubes.

Aquí, gracias a Dios, descansa el hilo.  
la aguja, la madeja, los disgustos  
del acta notarial o la esperanza  
de que pueda llover en San Isidro;  
aquí, entre los cipreses solitarios  
yace el odio mortal de las familias,  
la sed de los anillos, el orgullo  
de los nobles escudos inventados,  
el tul con ilusión, el niño nuevo,  
el temblor de la enagua ante el marido,  
la sonrisa del padre, el caramelo,  
el pañuelo de "nylon", la ternura  
de la palabra apenas pronunciada,  
el insulto del mozo a los pardales...

Aquí, gracias a Dios, descansa el pueblo  
y el polvo vuelve al polvo nuevamente.

## EPILOGO PARA LA ESPERANZA

Ya hemos tomado el pulso a los gorriones,  
ya hemos puesto el termómetro al recuerdo,  
ya, desmigado el pan, bebiendo el aire,  
cosechando el dolor, segando el gozo,  
espigando la mies de la tristeza,  
hemos cantado al pueblo en sus crepúsculos  
y en sus amaneceres, hemos dado  
noticias de su tiempo y de su olvido.

Sólo nos falta hablar de últimos besos,  
de últimas voluntades, referirnos  
a las postrimerías del ocaso,  
a lo que queda cuando el sol se apaga,  
al terrible después de la ceniza,  
al póstumo milagro de la aurora.

Nos falta hablar de cuando el pueblo acabe,  
de cuando Luis ascienda a vicearcángel  
y cumpla María Luisa veinte siglos  
y ya nadie se acuerde de que es viernes  
o de que el mar, al fin, se ha vuelto niño.

Me refiero a la trébede del cielo,  
al pueblo concebido por los ángeles  
a la repoblación de los cerezos.

Porque a pesar del odio y de la envidia  
Ramón sufrió bastante, amó lo suyo  
y se murió sembrando una amapola  
antes de que estallaran los sollozos.

Porque Regino se nos fue cantando  
excelsamente a Dios y es muy posible  
que no se dieran cuenta las campanas  
de que en su mano azul cabía el mundo.

Porque a pesar del álgebra el maestro  
inundó de ternura su agonía  
y supo despedirse de los trigos  
y cantar una cifra en asonante.

Y María Luisa se murió contenta  
con la esperanza de encontrar marido  
en un astro lejano o un padrenuestro  
para llegar más pronto a las estrellas.

¿Para qué decir más?

Todos murieron  
poniéndose una flor en la solapa,  
escondiendo su ayer en un bolsillo  
para que nadie viera sus pecados,  
disimulando antiguas cicatrices,  
penas por acabar, odios ocultos,  
deudas de caridad recién pagadas,  
rencores lentamente acumulados.

Pero yo sé que todos se acabaron  
pensando en Dios, ardiendo de esperanzas,  
figurándose el cielo a su medida  
y contando su pena a los arcángeles.

Tú bien sabes, Señor, cómo lucharon  
para poner su corazón en orden,  
para sembrar el pueblo de jacintos  
o entender el dolor de las campanas.

Tú bien sabes que el pan era difícil,  
que el agua estaba escasa, que las flores  
enfermaban de amor en las macetas  
y que la sed quemaba las sonrisas.

Por eso yo te pido por el pueblo,  
por su encalada desazón, ahora,  
después, a veinte siglos de su olvido,  
cuando ya el camposanto es trigo verde  
y duermen los escombros en los surcos.

Ya todos habrán sido perdonados,  
celestemente ardidos en lo puro,  
pero si alguno hubiera sin pañuelo  
para secar su llanto, si en tu trébede  
celestes aún se quemara alguna espiga,  
resucítalos ya, Señor, promulga  
tu perdón y tu gloria, que ya es sábado  
en la semana del amor, que el pueblo  
ya es pan de serafines y nosotros  
que nacimos con ellos en la trébede  
también pertenecemos a sus lágrimas.

**I N D I C E**



	<i>Págs.</i>
EL PUEBLO .....	9
RAMON .....	12
EL FORASTERO .....	16
EL MAESTRO .....	19
EL PAN .....	22
EL CURA .....	24
CALLE DE SANDOVAL .....	27
EL BAUTIZO .....	29
MARIA LUISA .....	31
LA FIEBRE .....	34
EL ENTIERRO .....	37
LA FIESTA .....	40
LUIS .....	43
REGINO .....	45
CAMPOSANTO .....	47
EPILOGO PARA LA ESPERANZA .....	50





## COLECCIÓN ROCAMADOR

AL CUIDADO DE

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

### LIBROS PUBLICADOS

- 1.—Navanunca, Juan José Cuadros.
- 2.—Diálogo a una voz, Rafael Palma.
- 3.—Tristeza, amor acaso..., Marcelino García Velasco.
- 4.—Las raíces del espíritu, Mario Angel Marrodán.
- 5.—Esperar no es un sueño, Manuel Pinillos.
- 6.—Mazoreas, Gabriel Celaya.
- 7.—Amigo imaginario, Justo Guedeja-Marrón.
- 8.—Zonas de Dios y del hombre, Rogelio Barufaldi.
- 9.—Elegias apasionadas, José Albi.
- 10.—Mensaje al hombre, Félix Buisán Citores.
- 11.—Poemas en forma de ..., M. Pacheco.
- 12.—Nudo de luz bajo tu rostro, Henri de Lescoët.
- 13.—Juan es la voz, Alberto Barasoain.
- 14.—Noche de Dios, alba del hombre, Antonio Alamo Salazar.
- 15.—Amante amigo, Rafael Millán.
- 16.—Solo por amor, Armando Rojo León.
- 17.—La diosa de Ilice, Lorenzo Guardío-la Tomás.
- 18.—La orilla de Eurídice, Jaime Rollán Ortiz.
- 19.—Cal viva, Juan Cervera Sanchis.
- 20.—Sonetos de ambos mundos, Roque Nieto.
- 21.—Siglo veinte, Juan José Cajide.
- 22.—Presencia del recuerdo, C. Uruéña.
- 23.—Travesía del hombre, Fray José-Amable Sánchez Torres, O. P.
- 24.—Los poemas del pavor y la piedad, Ramón González-Alegre.
- 25.—Furia de raíces, Rafael Melero.
- 26.—Lo contemplado, Augusto Fernández Quiñones.
- 27.—Ambitos de entonces, Diego Jesús Jiménez.
- 28.—Con la muerte al hombre, Lázaro Santana.
- 29.—De aquí al olvido, Alberto Boneo.
- 30.—Corriente y moliente, Isaac Oliva.
- 31.—El secreto de los árboles, Jesús Delgado Valhondo.
- 32.—Es de noche, Marciano Sadornil.
- 33.—El Asedio, Juan José Cuadros.
- 34.—La Trébede, José María Fernández Nieto.

### EN PRENSA

«PATRIA SIN MI»

de Dora de Boneo

### LIBROS PENDIENTES

José María Osuna, Julio Alfredo Ejea, Manuel Carrión, Valentín Bleye, etc.

